

# NEW LEFT REVIEW 107

SEGUNDA ÉPOCA

NOVIEMBRE - DICIEMBRE 2017

	<b>EDITORIAL</b>	
DANIEL FINN	Las cloacas de Erdoğan	7
	<b>ARTÍCULOS</b>	
CENGİZ GUNES	La nueva izquierda de Turquía	13
RÉGIS DEBRAY	Civilización, una gramática	37
	<b>MEMORIAS</b>	
ROBERTO SCHWARZ	Antonio Candido, 1918-2017	51
CHARNVIT KASETSIRI	Ben Anderson, 1936-2015	61
	<b>ARTÍCULOS</b>	
LEONARDO IMPETT Y FRANCO MORETTI	<i>Totentanz</i>	73
REBECCA LOSSIN	Contra la biblioteca universal	105
	<b>CRÍTICA</b>	
THOMAS MEANEY	Miedo a una Europa latina	123
DAVID BRODER	<i>Ex oriente lux</i>	139
ESTHER LESLIE	El gabinete de Kracauer	159

---

[WWW.NEWLEFTREVIEW.ES](http://WWW.NEWLEFTREVIEW.ES)

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO  
**25M**  
DEMOCRACIA

**ts**  
d traficantes de sueños

---

[SUSCRÍBETE](#)

ROBERTO SCHWARZ

## ANTONIO CANDIDO, 1918-2017

**A**NTONIO CANDIDO, DE quien fui alumno y amigo, fue la figura central en el terreno de la crítica literaria brasileña a partir de la década de 1940. Ya de muy joven empezó escribiendo columnas semanales, primero para *Folha da Manhã* y después para *Diário de São Paulo*, que pronto le proporcionaron una reputación a escala nacional. Estos artículos siguen conservando su interés por la calidad de su prosa y el discernimiento con el que seguían el día a día de las publicaciones, ya fueran brasileñas, europeas o estadounidenses. También fue cofundador de la revista cultural *Clima*, que se publicó desde 1941 a 1944. Sus avanzadas posiciones estéticas, combinadas con un antifascismo militante y una oposición al estalinismo, dieron lugar a una claridad mental poco frecuente que no envejeció con los años. En un momento en que la dictadura de Vargas estaba persiguiendo a la izquierda, y los comunistas, víctimas ellos mismos, estaban persiguiendo a su vez, su actitud requería coraje. Así, por ejemplo, en 1943, al saludar la autobiografía de Trotsky con un ensayo titulado «Una vida ejemplar», el joven crítico se estaba exponiendo a represalias de ambos lados. (En aquél momento, el epíteto «trotskista» era uno de los insultos más graves en el lenguaje de la política). Tuvo un papel activo en la oposición clandestina a la dictadura, el Frente de Resistência, participando más tarde en los acontecimientos políticos que llevaron en 1947 a la formación del independiente Partido Socialista Brasileiro. Durante los tres años siguientes editó el periódico del partido, *Folha Socialista*. En 1954 se retiró de la política activa, aunque siguió siendo miembro del PSB; décadas más tarde, en 1980, regresó a la militancia como miembro

fundador del Partido dos Trabalhadores, en el que permaneció activo hasta que Lula obtuvo la presidencia en 2002. Sin embargo, a pesar de todo eso, sus posiciones estéticas y políticas no bastan para caracterizarle intelectualmente. Antonio Candido fue por encima de todo un crítico y un maestro con un raro sentido de la estrategia cultural, a la vista de las apremiantes preocupaciones que surgían en un país marginal, atrasado, para el que la teoría literaria no tenía nombre. Al crítico le tocó *desprovincializar* a Brasil, evitando tanto la obtusa introversión nacionalista como la subalterna fascinación por las tendencias metropolitanas. Esta ha sido una de las duraderas y estimulantes consecuencias de su trabajo.

Antonio Candido creció en el sureste de Brasil, descendiente por parte paterna de la pequeña oligarquía rural de Minas Gerais, en una atmósfera impregnada de arcaísmos políticos y económicos. Entre sus recuerdos de Cássia, el pueblo donde pasó su infancia, estaba que el contacto social con antiguos esclavos era algo normal. La familia de su madre era de funcionarios y doctores bien establecidos de Río de Janeiro, que en aquél momento era la capital de la nación y un entorno ostensiblemente civilizado. Su íntimo conocimiento de estas dos esferas –que para bien o para mal formaban los dos ejes del país– era inigualable, conservado en un inmenso repertorio de vívidas e iluminadoras anécdotas. Esta forma de conocimiento, al mismo tiempo cautivadora y singular, proporcionó a su trabajo crítico –especialmente a los ensayos sobre la ficción brasileña– una calidad irrepetible, una capacidad para una apropiada y sutil contextualización que los debates académicos sobre el método no pueden capturar.

Candido se graduó en Sociología en 1941 en una de las primeras promociones de la Facultad de Filosofía de la recién creada Universidad de São Paulo, en un momento en el que la era de la autoeducación, que había sido una característica de la cultura nacional durante mucho tiempo, estaba llegando a su fin. Con una gran dosis de buen juicio y un poco de suerte, los fundadores de la nueva institución reclutaron a un sorprendente equipo de académicos de Francia, jóvenes desconocidos entre los que estaban Roger Bastide, Claude Lévi-Strauss, Fernand Braudel, Jean Maugué, Pierre Monbeig y Martial Guérault. El impacto sobre el contexto local tuvo que ser grande. En cuanto a cómo afectó a la formación de un joven crítico literario, digamos que los criterios de valoración estaban siendo radicalmente transformados: ya no se basaban en los limitados términos de la cultura general, sino que se apoyaban en las

nuevas ciencias humanas. Impulsar las dinámicas de la investigación académica, en sus diversos frentes de desarrollo, estaba produciendo un nuevo estilo de razonamiento estético más en sintonía con las demandas de los tiempos.

La obra fundamental de Antonio Candido, un libro que se mueve más allá del campo literario, es *Formação da literatura brasileira: momentos decisivos* (1959). Se trata de un estudio de fundamental importancia que no solo reconstruye la *formación* de un espacio literario nacional, sino que también lo convierte en objeto de reflexión e interés para el mundo contemporáneo. Como análisis de obras individuales, el libro refresca la lectura de todas –no solo unas cuantas– de las obras que analiza. Como una obra que incluye una conceptualización general, propone un modelo sobrio, sin mistificaciones, de lo que en el plano de la cultura podría ser la transición desde la condición de colonia a la de país independiente, lo cual encierra un gran interés para el estudio de la descolonización. La formación de una literatura nacional, contrapuesta al orden colonial, configura una estructura histórica a gran escala que ni empieza ni acaba con la independencia política oficial; tampoco es explicada por los habituales lugares comunes sobre el tema. Una vez percibido correctamente, este ensamblaje histórico forma un periodo diferenciado y un objeto unificado con su propia lógica y sus cuestiones específicas. Aunque cada caso sea único, la problemática es la misma en líneas generales. Los objetivos, paradojas e ilusiones de este proceso, puestos al descubierto y estudiados por el autor de *Formação da literatura brasileira: momentos decisivos*, son una parte poco entendida del mundo contemporáneo. El ensayo «Literatura y subdesarrollo», de 1970, ofrece una síntesis magistral<sup>1</sup>.

Un delicada consideración histórica de las diferencias existentes entre la literatura de la antigua colonia y sus modelos europeos es uno de los puntos fuertes de esta obra. Con una inquebrantable imparcialidad, Candido recoge y analiza discrepancias que pueden señalar la inferioridad estética pero también lo contrario. El original no es siempre superior a la copia que, incluso involuntariamente, es capaz de innovar. El descubrimiento –la palabra no es excesiva– de las peculiaridades del arte, y la mentalidad asociada con la descolonización, abre un mundo *sui generis*. Aunque sigue respetando las categorías de la matriz europea,

---

<sup>1</sup> A. Candido, «Literature and Underdevelopment» en Howard Becker (ed.), *Antonio Candido: On Literature and Society*, Princeton, 1995.

las elecciones estéticas y la mentalidad trabajan de forma diferente, pidiendo una nueva clase de comparativismo. Las similitudes de términos y las diferencias en contenido definen juntas una situación histórica característica de las periferias del mundo que Antonio Candido buscó esclarecer en algunos de sus ensayos más importantes<sup>2</sup>. Sin ningún propósito prescriptivo en mente, nos proporcionó de manera eficaz un mapa crítico conmensurable con la novedad y complejidad de la antigua situación colonial.

Antonio Candido vivió largo tiempo y retuvo una memoria extraordinariamente fiel de muchas cosas leídas, vistas y oídas. Todo estaba bien ordenado, como el fichero de un investigador. Conservó hasta el final su agilidad mental y siempre estaba reprocesando lo que sabía, regresando a viejas historias, comparando tiempos, lugares y lecturas, llegando a nuevas conclusiones. Estas revisiones tenían un punto moderno, crítico, que era la huella de su incansable solidaridad con los oprimidos, los pobres, las mujeres, los negros, las víctimas del subdesarrollo. La completa ausencia de arrogancia que era otra de las características que le definen estaba arraigada en su odio a la opresión. De ninguna manera quijotesca, esta era la convicción sobre la cual, en esta esfera de la vida, depende el conocimiento vivo, sin el cual es poco lo que sabemos.

A continuación vienen algunos de mis recuerdos, compartidos en un encuentro una quincena después de su muerte el pasado mes de mayo.

\* \* \*

La muerte de Antonio Candido nos ha conmocionado a muchos de nosotros. En el velatorio podías sentir una especial perturbación en el aire, algo más que tristeza ante el fallecimiento de un hombre enormemente amado y admirado. A pesar de sus cerca de 99 años, su muerte fue como la gota que hace que la copa se desborde, en este caso la copa de la frustración política. Como me dijo un observador, la gente sentía una urgente necesidad de hacer algo. La misma presión era evidente en las palabras de un amigo que se levantó abatido al día siguiente: Brasil es una continua pesadilla, pero ahí estaba siempre Antonio Candido; ahora que ya no está aquí, ¿cómo podemos soportarla? Su hija Marina de Mello e Souza emitió una declaración para la prensa con el mismo espíritu,

---

<sup>2</sup> Fundamentalmente «Dialectica da malandragem» (1970) y «De cortiço a cortiço» (1991), ambos incluidos en A. Candido, *O discurso e a cidade*, Rio de Janeiro, 2004.

recordando la desilusión de la generación de su padre que había creído en un futuro más igualitario, más decente, más dedicado al bien común.

Todo esto es un poco sorprendente porque cualquiera que conociera a Antonio Candido sabía que por encima de todo era un hombre modesto, sin ningún gusto por la ostentación o el mando. Lo contrario de un político en el sentido convencional. No obstante, también es cierto que era una persona profundamente política, pero en su mayor parte de un modo poco habitual que podríamos llamar «constructivo». No era un portador de banderas ni un agitador de primera línea por temperamento; prefería el ámbito de las actividades de desarrollo intelectual, el de un profesor que ayuda a que sus estudiantes progresen, dando conferencias al mismo tiempo accesibles y fuera de lo ordinario; organizando talleres para elevar el nivel de discusión en su partido político; haciendo innovadoras propuestas en la esfera de la organización universitaria, evitando las irracionalidades de acuerdos previos. A su manera, esta rara combinación de modestia, sentido práctico y rigor intelectual no podía dar lugar a otra cosa que a una política —una cierta clase de socialismo sin extravagantes promesas— que la gente llegó a reconocer y admirar por lo que era. Inteligente, realista, sin tiempo para las etiquetas o para la teatralidad, era una política que se diferenciaba del modelo prevalente que sin duda encontraba inadecuado; una política sin los vicios característicos de la política.

Para hacerse una idea de lo que estoy hablando, recuerdo una conversación hace cincuenta años en la Universidad de São Paulo. Antonio Candido nos explicaba a Walnice Nogueira Galvão y a mí, sus profesores auxiliares, algo sobre sus planes para el Departamento de Teoría Literaria que entonces estaba poniendo en marcha. Walnice, que tenía un buen nivel de inglés, iba a supervisar la crítica británica y norteamericana, mientras que yo, que hablaba alemán, seguiría las discusiones en esa zona lingüística; Candido seguiría siendo responsable del italiano y el francés. Así, nuestro departamento se mantendría al tanto de las evoluciones de la crítica en cinco importantes centros o, en otras palabras, del estado del arte a escala mundial. Encuentro que esta historia es significativa en más de un aspecto. En aquél momento había una valoración del esfuerzo planificado y colectivo, la idea de que la universidad debía entrar a formar parte del proceso internacional, que era necesario superar nuestra retrasada situación. Todas ellas eran ideas avanzadas que iban en contra de las costumbres brasileñas.

De manera inmediata –estoy hablando de la década de 1960, cuando la lucha contra el subdesarrollo estaba en el orden del día– esto significaba enfrentarse al provincianismo de los departamentos de literatura, donde los programas de estudio estaban enmarcados de una manera absurdamente limitadora, sin ninguna apertura hacia el pensamiento contemporáneo. Desde luego, siempre había algún profesor que estaba mejor informado, pero eso se debía a logros individuales, no a un estándar vinculante en la investigación. Por otro lado, los pocos miembros de la Facultad que se interesaban por alguna corriente crítica extranjera tendían a considerarla una franquicia que había que promover y defender contra el resto, una panacea crítica y, en realidad, un instrumento de poder académico. Así que, de manera muy parecida a un representante de ventas, siempre había adeptos a la nueva crítica estadounidense, a la estilística española, al formalismo ruso, a las varias tendencias del marxismo, del estructuralismo, del posestructuralismo francés y de todo lo demás. Antonio Candido trabajaba para contrarrestar lo que veía como muchas formas de exclusivismo y modos más actualizados de la vieja lentitud cultural y embobamiento colonial, insistiendo en que el Departamento presentara una lista más o menos completa de la crítica contemporánea. Se puede objetar que el ansioso intento de trabajar en todas las líneas de la crítica, reconociendo toda clase pasajera de eclecticismo, es en sí mismo un aspecto de la condición colonizada que carece de su propio objeto. Aunque sea cierto, la objeción no alcanza a la obra de Antonio Candido. Por el contrario, señala una de las originales e innovadoras características de su actividad como crítico y profesor.

Jorge Luis Borges decía en su ensayo «El escritor argentino y la tradición» que la falta de grandes tradiciones nacionales propias algunas veces llevaba a los escritores latinoamericanos a buscar apoyo en otros linajes más ilustres. Pero añadía, en contra de los superpatriotas literarios, que estos préstamos no tenían que ser motivo de vergüenza, ya que las tradiciones extranjeras, precisamente por serlo, era menos probable que produjeran reverencia y, por el contrario, dejaban espacio para el ejercicio de la libertad creativa: «Creo que los argentinos, los sudamericanos en general, están en una situación análoga [a los judíos y los irlandeses]; podemos manejar todos los temas europeos pero sin supersticiones, con una irreverencia que puede conducir –ya lo ha hecho– a felices resultados». El crítico cinematográfico brasileño Paulo Emilio Salles Gomes hizo una observación paralela, igual de aguda, cuando se refirió a «nuestra creativa incapacidad para copiar». Debido a que no

tenemos una tradición propia, imitamos; pero como no sabemos cómo imitar bien, el resultado es otra cosa, una diferencia involuntaria que, sin embargo, es creativa, innovadora a su manera. Esta productiva transformación de la carencia en distancia, ironía y novedad, a la que aludían Borges y Salles Gomes, es fundamental para algunos de los momentos más significativos de nuestra cultura y para la obra de Antonio Candido.

En la década de 1970, Candido dirigió un seminario de posgrado dedicado a revisar la teoría de crítica moderna. (Yo estaba fuera de Brasil en aquel momento, y lo que cuento aquí se basa en el relato de colegas). Los temas de discusión incluían entre otros, textos de formalistas rusos, *Literatura y revolución* de Trotsky, el estructuralismo y Adorno. Animaba a los estudiantes para que experimentaran, para que crearan obras que adoptaran esta o aquella perspectiva crítica como un medio de probar su utilidad potencial. Su apertura a la diversidad de teorías solo podía ser, además, una apertura a la diversidad de los estudiantes que de esta manera tenían la oportunidad de elegir y así mostrar sus diferencias de temperamento intelectual. La premisa era que una aproximación más o menos consistente captaba algo de su objeto y, por lo tanto, no había que descartarla; una posición antidogmática similar a la de Riobaldo, el protagonista de *Grande sertão: veredas*, de Guimarães Rosa, que aprobaba todas las religiones siempre que le ayudaran a uno a vivir. Y ya que las diferentes teorías y metodologías son incompatibles –hasta el punto de llevar a una guerra abierta y frecuentemente ridícula– una regla de tolerancia hacia todas implica inevitablemente un cierto grado de ironía y escepticismo, contrario a las pretensiones absolutistas de cada una de ellas tomadas por separado. Podemos reconocer en esto algo de la especial irreverencia que Borges consideró como la predisposición que tenemos los latinoamericanos. Aquí hay un ejemplo en relación al marxismo, que es tan exigente en la cuestión del compromiso. Antonio Candido solía decir sobre sí mismo que en los tiempos de la dictadura él era marxista en un 90 por 100, pero que en periodos en los que la lucha de clases estaba menos enconada su marxismo caía hasta el 50 por 100. O de nuevo, comentando el rigorismo metodológico en general, le gustaba decir que el método era por lo menos en parte una cuestión de corazonadas. Estableciendo un nombre para su posición en el disputado campo de la teoría literaria –un nombre más amable que el peyorativo «eclecticismo»– hablaba de un criticismo «integrador» guiado por las exigencias del texto que se analizaba.



Con esto regresamos a nuestro punto de partida, la creación de un departamento de teoría literaria en Brasil en las décadas de 1960 y 1970, cuando el país estaba luchando contra el subdesarrollo y buscando modernizar su estructura universitaria. Nuestra situación no era la de Europa o Estados Unidos, donde ya había controversias sobre la teoría literaria que se referían sobre todo a la modernización de la enseñanza de la literatura. Nosotros llegamos tarde a la discusión, a la que queríamos unirnos, pero sus términos ya habían quedado definidos para cuando nosotros empezamos a interesarnos por ella. El plato ya venía precocinado. De ahí la irreverencia y el distanciamiento –cuando no el embozado asombro– a la vista de las tradiciones extranjeras canónicas: nosotros los sudamericanos podíamos manejarlas sin supersticiones, elegir libremente entre ellas precisamente porque no eran nuestras. Esta libertad de elección, y el distanciamiento en los procedimientos que la acompaña, estaba bien representada en el programa de estudios del departamento, que también apoyó la modernidad de Mário de Andrade, una figura que ante la ola de conservadurismo nacional, defendía el derecho de los artistas a estar al tanto de las tendencias del exterior.

No obstante, podemos decir que la libertad de elección y la irreverencia borgesiana apenas abordaban la mitad del problema. Mientras afirmábamos que nosotros no éramos ni europeos ni estadounidenses, una ventaja que por lo demás muchos lamentaban, permanecíamos en silencio en cuanto a lo que realmente éramos y, para bien o para mal, teníamos que ser algo. Aquí surgía una posibilidad diferente, no señalada por Borges: la de poner a prueba –repito, *poner a prueba*– esas tradiciones dominantes, sus términos, sus formas, a la luz de nuestra más o menos reprimida experiencia histórica como la que fue una subdesarrollada colonia que de esta manera podía encontrar una voz en la historia. Esto es lo que sucede en dos de los más valientes y complejos ensayos de Antonio Candido, «Dialectica da malandragem» [Dialéctica del malandraje] y «De cortiço a cortiço» [De barrio a barrio], unos textos innovadores en los que se examinan formas y conceptos de la tradición occidental a la luz de la realidad brasileña, relativizándolos y transmitiéndoles las inflexiones de una historia particular. Aquí hay que señalar la inversión contrahegemónica. Ahora la tradición occidental mide la realidad brasileña y a su vez es medida por ella, lo que es algo nuevo. En este movimiento de ida y vuelta, la experiencia brasileña se vuelve universal y se identifica a sí misma en su originalidad, que puede ser positiva pero también negativa o incluso odiosa. La ganancia es una intuición de la

profunda fuerza modeladora de los procesos sociales, que Candido reconocía en las novelas de Manoel Antônio de Almeida y Aluísio Azevedo y que exponía a análisis críticos.

Así que, entonces, en aquella agradable tarde, cuando con un toque de humor compartía con nosotros tres los fundamentos de la crítica a escala mundial, Antonio Candido estaba actuando como un intelectual progresista que en unas circunstancias muy modestas, en una pequeña habitación con tres sillas, estaba tratando de crear un departamento totalmente al tanto de los tiempos que corrían, un departamento que escapara del atraso local y comprendiera el mundo del presente, en nuestra universidad, en beneficio del país. En la misma iniciativa amplió el abanico de posibilidades que tenían nuestros estudiantes, que no podían evitar verse afectados por la uniformidad provinciana. Se produjo un inesperado salto intelectual hacia delante mediante el que la nueva atención crítica prestada a las teorías extranjeras puntualmente consideradas propició compromisos metodológicos con la realidad del país. Se formó un nuevo polo de atracción, reconfigurando la situación intelectual global, y abriendo un proceso de prueba crítica en el que Brasil, a través de sus propias reflexiones literarias sobre las deficiencias de las ideas y formas dominantes, que era necesario entender, podía volverse consciente de su peculiar constitución y de sus problemas. En este terreno, el ímpetu inicial, discreto pero decisivo, lo dio Antonio Candido.

Como última palabra me gustaría recordar un adagio que le gustaba. Solía decir que es mejor nacer inocente, vivir en la ignorancia y morir de repente. Las dos primeras cosas sabía que no las había conseguido. La tercera, casi. Se fue deprisa, lúcido hasta el final.